

## PERÍSTASIS INICIAL

### Un europeo llega a África

El misionero se puso en camino en cuanto supo con certeza dónde se encontraba el anciano europeo que había ido hasta allí, para verle y hablar con él. En aquel país de África Central, sobre todo en la capital, había muchos europeos, especialmente franceses y británicos: hombres de negocios, representantes de empresas, políticos... Que hubiera ido desde Europa hasta allí, para hablar con él, en el año y meses que llevaba allí no había habido ninguno. Sentía cierta inquietud y desazón por saber quién podría ser. Desde luego, su padre no era, porque se lo habría hecho saber con la antelación suficiente para haber ido a la capital a recibirlo. ¿Quién podría ser?

La escasez de medios técnicos de transmisión en los primeros setenta y las dificultades de comunicación idiomática justificaban que las noticias llegaran tarde y sin excesiva concreción. Pero si el europeo, que llegaba, no hablaba francés, inglés en algún caso, o árabe, lo tenía todavía más difícil: no le quedaba otra opción, en aquella Babel de múltiples lenguas y dialectos, que tratar de hacerse entender mediante señas. Aunque los habitantes de esos países eran maestros consumados en la comunicación mímica, el contenido comunicativo gestual, especialmente si, como ocurría con los extranjeros, no existía un código lingüístico común, sólo podía desenvolverse en estratos muy básicos.

El mensaje, difundido mediante tamtan a través de la selva, le había llegado con suficiente precisión, aunque no logró calcular cuánto pudo haber tardado. Se lo había transmitido su monaguillo, el chaval que lo ayudaba en los oficios religiosos y le servía de intérprete siempre que hacía falta, especialmente en las homilías de las misas dominicales. Era una ayuda impagable, porque en el poblado nadie hablaba tan bien el francés como él, aunque la

traducción, por supuesto, la hacía a su manera. Siempre se preguntaba qué les podía contar, para emplear varios minutos en traducir lo que le decía en tres palabras, pero en tres. En una ocasión le cronometró el tiempo empleado en traducir “Dios es amor”: dos minutos. Así que, después de la misa, cuando le preguntó cómo había podido tardar tanto, para traducirles esas tres palabras, tan cortas, jugó a dar vueltas a su alrededor, como si quisiera boxear, mientras decía:

—Eso, padre, es muy difícil de explicar.

Y el misionero tuvo que callarse, porque ya sabía que lo que más seducía a aquellas tribus es que el Dios de los cristianos fuera un padre, que cuidaba de ellos con amor, porque sus dioses ancestrales, incluidos los totémicos, eran terribles: vengativos, crueles y despiadados.

Un día le soltó de sopetón:

—Padre, que el tamtan ha repicado varias veces que un “broussard” ha llegado cerca de la frontera, pasado el Lago, preguntando por usted.

—¿Un europeo preguntando por mí?

—Sí, un europeo que pregunta por usted. Es un señor muy viejo y está enfermo. Quiere verle antes de morir.

—¿Pasado el lago? ¿Cómo cuánto pasado el Lago?

—¿Cuánto? ¡Qué se yo! Dijeron el nombre del poblado, pero no me acuerdo. Cuando lo oí, me pareció que podía estar a casi doscientos kilómetros, junto a la frontera... (1)

Era un chiquillo muy inteligente, pero, ¡anda, que la indicación...!

Pese a desempeñar su ministerio básicamente en la selva, no había estudiado ese medio de comunicación. Ningún europeo se explicaba cómo el componente sustancial del mensaje no se alteraba, interviniendo en su transmisión tantos receptores-emisores. Sobre todo, si se trataba de un mensaje complejo (2). Él había comprobado en muchas ocasiones, que, antes de llegar a los poblados, los indígenas ya sabían que el misionero iba a llegar. La codificación y transmisión de ese mensaje debía ser fácilmente conocible. Éste, en cambio, parecía mucho más complicado. No cabía duda de que el anciano broussard había repetido su nombre y apellido. Y había añadido la congregación religiosa a la que pertenecía y que estaba allí como misionero. Deseaba verle y hablar con él. Ése parecía ser el único motivo de su viaje. Se encon-

traba muy agotado y enfermo.

No es que no hubiera ningún teléfono, que algunos había; pero habría que prestar atención a ese fenómeno de comunicación a través de la selva e, incluso, estudiarlo a fondo. No importaba tanto el medio —fuera tamtan o las señales de humo de los indios americanos—, cuanto la semiología y el código.

Empleó algún tiempo en localizar el sitio exacto donde se encontraba. Dobló cuidadosamente el hábito más ligero que poseía, colocó agua abundante y alimentos entre hielo en la nevera portátil de plástico. Cargó varios bidones de carburante, además del maletín que contenía lo necesario para celebrar la eucaristía, el botiquín tropical, el mosquitero y el filtro de agua. Arrancó la vieja furgoneta francesa, recién revisada, de la Misión, mientras echaba un vistazo al nivel del líquido refrigerador y a la presión de los neumáticos. Se encomendó apenas un minuto a los santos que habían pertenecido a su misma orden, especialmente al fundador, pidiendo que le dieran fuerzas para recorrer sin graves percances los quinientos largos y polvorientos kilómetros, siempre con altísimas temperaturas, hasta aquel poblado en la selva, rayano con la frontera del país. Debía aprovechar al máximo las horas de la mañana. Se santiguó y se puso en marcha, lentamente en primera unos segundos y después en marchas más largas, mientras se despejaba con la brisa que se hacía sentir sobre su piel, al impulso del automóvil, como tenue brisa matutina.

No conocía ningún idioma autóctono de la zona a la que se dirigía. Teóricamente podías recorrer todas las antiguas colonias francesas expresándote en francés, incluidas las regiones de Nigeria y Camerún limítrofes con el Lago, aunque no supieras árabe ni ninguno de las decenas de dialectos que se hablaban en esos países. Él no había tenido graves dificultades para hacerse entender, ya que hablaba perfectamente alemán, francés, español y se defendía en inglés, pese a que, por razones personales, no le gustaba hablarlo. Y ya decía frases en los dialectos hablados en su zona, especialmente en el más extendido. En los cuatro países los nativos eran en su inmensa mayoría musulmanes (3).

Creía que en la comarca de aquel poblado existía una misión protestante. Jamás se había desplazado tan lejos, conduciendo la vetusta furgoneta de la Misión. No conocía aquella región, por lo que había estudiado cuidadosamente el recorrido que debía hacer. Intentaría, si el calor lo permitía y no surgían problemas con la

arena o averías, llegar al día siguiente hacia el mediodía. ¿Aguantaría el coche sin producirse averías? ¿Se presentaría algún peligro? Se preguntaba, quienquiera que fuese el europeo anciano y enfermo, cómo había podido llegar allí, de dónde vendría y qué medio de transporte había utilizado. ¿Quién podría ser...?

El sol comenzaba a filtrar sus primeros rayos entre los árboles. Hacía mucho tiempo que el cuentakilómetros no funcionaba. Debía estar atento para no atropellar algún animal que saliera del sotobosque de improviso e ir con cuidado por la arena hasta que accediera a alguna de las que allí consideraban carreteras. Tras un largo trayecto, rodearía el lago, relativamente cerca. Pero, para ello, aún faltaban muchos kilómetros. A esas horas era, dentro de lo que cabe, agradable conducir. Menos mal que el europeo había aparecido en enero, porque, de haber llegado en época de lluvias, el viaje habría sido mucho más complicado. Por la arena era conveniente ir con la presión de los neumáticos un poco más baja, aunque no se requería la precaución que se debía tener en el desierto. Con cuidado y sin querer desarrollar grandes velocidades, sin prisas y con paciencia, pendiente de ir por las roderas dejadas por algún vehículo que hubiera circulado antes.

Se preguntaba qué acogida le habrían dispensado las tribus de aquella zona y si le había enfermado la dureza del clima tropical en el África subsahariana. Porque, aunque en enero no se alcanzaban las altísimas temperaturas de verano, para un europeo, y más si era anciano y estaba enfermo, podían resultar insoportables. ¿De qué parte procedería para querer verle a él? ¿De España? ¿De Alemania?

Se puso las gafas de sol. La construcción y mantenimiento de las carreteras en África en general y en estos cuatro países en particular eran difícilmente soportables para su precaria economía. Entre los cuatro países tenían aproximadamente 145.000 kilómetros de carreteras, de los cuales apenas una pequeña parte estaban asfaltados, casi exclusivamente, en las arterias de comunicación con los países vecinos a través de sus capitales. Con todo, aun las asfaltadas dejaban mucho que desear, especialmente para un europeo. Pero en el noventa por ciento restante, sobre todo donde escaseaba la piedra, como era todas las regiones del entorno del Lago, eran de arena apelmazada y endurecida mediante la formación de una recia costra producida por un sustrato de laterita y restos de los nidos termiteros. Los camiones hundían y ondulaban la su-

perficie asentada y se producían los baches que se agrandaban cada vez más. La estación de las lluvias, finalmente, los socavaba, quedando intransitables las rutas hasta nueva reparación.

Las carreteras en África ofrecían grandes ventajas a la conducción, ya que no soportaban tráficos intensos; pero, bajo esa penuria de infraestructuras, el clima convertía un viaje largo en una carrera de obstáculos, incluso de penalidades, difícilmente superables tanto para el automóvil como para su conductor. No podías oír la radio ni música, pero podías aislarte en tus pensamientos o contemplar el paisaje sin peligro alguno de estrellarte con otro vehículo a motor, generalmente alguna pequeña camioneta, vieja y desvencijada, que adivinabas muy lejos por la nube de polvo que levantaba. Conducías más distendido, sin agobio.

¿Cómo le habrían acogido?

En cuanto pudiera, llenaría el depósito de combustible, reservando, sin tocar, el de los bidones. Se refrescaría y se pondría a cubierto de aquel tórrido sol meridiano, que allí era canicular todo el año y podía alcanzar bien a gusto los cincuenta grados. Comería y descansaría. De vez en cuando extraía de la nevera portátil algo de hielo para aliviar el sudor, refrescándose la cara, el cuello y hasta donde se alcanzaba del torso desnudo, cuya piel hacía rato que, la brisa, producida por la velocidad del coche, quemaba, al rozarla. Le habían suministrado dos tarros de cristal con cremas grasientas. Una se la habían dado antes de salir, ya que se le encargó severamente que se la pusiera tres o cuatro veces más, si no quería ponerse, no ya tan moreno como ellos, sino directamente quemado. La otra era un repelente contra los mosquitos..., para cuando no estuviera dentro del mosquitero.

A medida que se aproximaba al lago, se veían volar a bastante altura algunas avutardas, marabús y sisonas. Algún lagarto se des-perezaba entre los matorrales y huía del ruido producido por la furgoneta. De vez en cuando, a lo lejos veía a algún nativo, de reluciente piel de ébano bajo el sol inclemente, caminando desnudo hacia su aldea. El estepario y polvoriento paisaje se trocaba, a medida que se acercaba al lago, en arena cuajada de foscarral y arbustos espinosos, que delineaban la calzada áspera y reseca. El calor aumentaba y comenzaba a sentir cansancio. Pero todavía debía aguantar al volante un par de horas más. Trató de no pensar en lo que faltaba aún de trayecto hasta encontrar un lugar adecuado para comer y descansar.

Era duro, incluso para los nativos, recorrer en coche largas distancias por aquellos parajes inhóspitos sin sitio alguno donde tomar algo fresco y reponer fuerzas para seguir. El brisote abrasador, fruto de la celeridad del vehículo, atirantaba la piel bajo el sudor que se reseca. Se extendió una nueva capa de crema que evitara quemaduras y posteriores exfoliaciones de la piel. Y regularmente bebía agua para no deshidratarse. A lo lejos el vuelo majestuoso de unas cigüeñas anunciaba la cercanía del lago, lo que era de agradecer, porque el calor era tórrido ya. Iría buscando un árbol que le permitiera comer y reposar a su sombra durante, al menos, un par de horas. Se dirigió hacia algunos que se veían a cierta distancia. Dirigió la furgoneta entre azufafos hacia unas acacias gomeras, cuya sombra mitigaría el calor del sol despiadado e inmisericorde. Tras refrescarse, comió parte del pollo preparado en la misión, colocó el mosquitero en el interior de la furgoneta, toda ella abierta, y se introdujo dentro. Protegido de los mosquitos, entre el monótono sonsonete de las cigarras, en breves minutos concilió un sueño reparador del cansancio acumulado en las seis horas de conducción.

En cuanto se despertó, hizo unos ejercicios de estiramiento. Luego se puso crema por todo el cuerpo, mientras un mono, en cuclillas sobre una rama, le estaba observando, entre muecas, sin perder detalle. Entre los matorrales revoloteaban algunos abejarucos. Una ardilla subía y bajaba velozmente por el tronco de una acacia sin temor a las puntiagudas espinas. Repuso refrigerante en el radiador y reanudó el viaje, sin tiempo para acercarse más al lago. ¿Cuántos días llevaría ya el anciano europeo en aquel poblado? ¿Pero quién podría ser...?

A estas horas se conducía mejor que a las últimas de la mañana. Debía aprovechar al máximo la luz solar, porque, en cuanto oscureciera, no podría conducir con la iluminación proporcionada por los faros de la furgoneta. Cuantos más kilómetros pudiera hacer, mejor. El calor era menos agobiante. Conducía cerca del extenso lago, que cada año, al modificarse sus límites, cambiaba de forma y de tamaño.

Se cruzó con un camión cargado de algodón, uno de los productos más abundantes en la zona. Desde la carretera se divisaba apilado el algodón a las afueras de los poblados cercanos, integrados por agricultores y ganaderos. Al pasar por uno de cierta importancia paró en un surtidor y pidió le llenaran el depósito de

carburante. A través de una ventana de cristal grasiento se veía cómo el líquido, mediante un sistema de émbolo, subía por una parte hasta llenarse, mientras la otra, que estaba llena, se vaciaba, yendo al depósito del coche. El cliente seguía hipnotizado con la cabeza erguida, mirando hacia lo alto, como si quisiera impulsar la esforzada subida de un lado y la lenta bajaba del otro hasta vaciarse, mientras el amable dependiente movía acompasadamente de un lado para el otro la manivela. Al pagar, confirmó, no sin ciertos circunloquios, los detalles del recorrido restante con el empleado, que enriquecía sus explicaciones con palabras en francés e inglés y gesticulando exageradamente.

A lo lejos cantaban algunos grillos, mientras comenzaban a verse los mosquitos. Acercó el tarro del repelente. Al destaparlo, se expandió un olor tan fuerte y nauseabundo que no dudó, no ya que repeliera a los mosquitos, sino que no los fulminara inmediatamente. Lo dejó abierto en el coche, para que los mosquitos no entraran. Debía aprovechar las dos horas de luz que quedaban. Retomó la calzada, cuando la cruzaba, cuidando una docena de ovejas, un indígena acompañado de una mujer, ambos mínimamente vestidos. Llevaban del ronزال un asno con sendas vasijas, sin duda con agua, colgadas a cada lado. Ella portaba, enhiesto sobre su cabeza, otra de menor tamaño.

El ruido del motor le ayudó a ensimismarse en sus pensamientos y preguntas, siempre reiterativas. Las mismas, que se había venido formulando durante los últimos días, desde que había recibido la primera noticia. ¿Un europeo que ha venido hasta aquí preguntado por mí...? Europeo, ¿de dónde? No prestaba atención a los cebús y camellos que pastaban cerca y que levantaban la cabeza al oír el ruido del motor y parecían mirar atentamente, mientras rumiaban los hierbajos arrancados con sus poderosos dientes.

Entretanto, el azul del cielo, nítido y radiante, se había cubierto de espectaculares tonos rojizos y amarillos, muy intensos. El sol caía sobre el horizonte. En cuanto se ocultara, al breve crepúsculo sucedería rápidamente la oscuridad nocturna. No era muy problemático para él elegir dónde hacer noche. Aunque en determinados puntos había refugios, especialmente concebidos para descanso de viajeros europeos, realmente eran miserables cabañas de paja, abandonadas y sucias, en las que se podía encontrar pulgas, mosquitos, tarántulas, algún reptil y heces de todo tipo. Dormiría,

como ya había hecho en otras ocasiones, al raso, bajo las estrellas, pero dentro de la furgoneta y del mosquitero. En enero los mosquitos no son tan abundantes como las insoportables plagas de la época de las lluvias, pero son lo suficientemente molestos como para protegerse a toda costa de sus picaduras.

Aparcó el coche, separado de árboles y matorros, no lejos de la carretera. Cenó un huevo cocido y un poco de queso e inmediatamente se introdujo dentro del mosquitero, después de cerrar el frasco lleno de repelente de mosquitos. Se propuso rezar el rosario completo y recitar algún salmo, ya que en viajes tan largos y exigentes estaban dispensados de la lectura del breviario. El día había sido, efectivamente, duro, pero había recorrido la mayor parte del trayecto. Esperaba estar al día siguiente, a media mañana, en el poblado al que había llegado el anciano europeo. Una multitud de grillos competía en ruidoso concierto, acompañado por intermitentes chillidos de monos. No había concluido los misterios gozosos, cuando se durmió profundamente.

Se despertó ligeramente al notar unas ligeras carreras sobre el techo de la furgoneta. La claridad entraba a raudales. Seguían sintiéndose las leves pisadas de aquí para allá. Al abrir la puerta trasera, una ardilla asustada saltaba y corría velozmente por entre los matorros, camino de un árbol. Hizo un poco de ejercicio físico, desayunó leche tomándola directamente de la bolsa de plástico y aprovechó el agua del hielo, que se había deshecho en la nevera portátil, para lavarse un poco. Tras unos minutos de oración, arrancó la furgoneta para ponerse en marcha cuanto antes. Pasó su mano por encima, casi acariciándolo como se hace con un caballo después de una buena carrera y salió a la calzada. El coche estaba respondiendo bien. El mecánico había hecho un buen trabajo de puesta a punto. Era una suerte tener un nativo tan polivalente en el poblado. Sus habilidades eran notables en mecánica, electricidad, fontanería y carpintería. Podías emprender un viaje largo, seguro de que no te iba a faltar nada que pudieras necesitar y eso era muy de agradecer. En ruta no era fácil para un europeo comprar provisiones y había zonas donde era imposible.

Se puso las gafas de sol. Se iba sintiendo ya el calor, aunque, con todas las ventanillas abiertas, se tenía la sensación de que el aire se movía y refrescaba un poco.

A lo lejos venían unos camellos en fila india. Antes de encontrarse, se apartaron un poco de la carretera, como si los animales



se pudieran asustar. Respondió al saludo de los nativos, al cruzarse con ellos. Por el espejo retrovisor pudo ver cómo en seguida retornaron a la calzada.

En unos cien kilómetros debía abandonar la calzada y desviarse hacia la selva. Esperaba no tener dificultades insalvables para dar con el poblado donde había ido a parar el visitante europeo. ¿Dónde estaría hospedado? ¿Conocería a alguien, yendo intencionadamente allí o, simplemente, había ido a parar a ese poblado como había podido ir a cualquier otro? Pronto todos esos interrogantes se despejarían y se aclararían todos los incidentes.

Se iba sintiendo el calor, aunque todavía era soportable. Se puso crema en la cara, pecho y espalda. Apenas algún coche se cruzaba con él. Saludaban con toques de claxon, que él contestaba. A lo lejos se veía un grupo de operarios reparando baches en la calzada. Al acercarse a ellos, se hicieron a un lado para dejarle pasar. Detuvo el coche a un lado y les preguntó por el poblado de destino. Tardaron en entenderle a qué poblado podía referirse. Deliberaron calmadamente entre ellos y llamaron al que parecía el encargado, explicándole el asunto en un idioma local que él no entendía. Volvió a explicarle al encargado, señalándole en el mapa dónde quería dirigirse. Parecía entender bastante el francés y respondía con palabras en francés mezcladas con otras en inglés. Los operarios escuchaban atentamente las indicaciones y asentían con la cabeza, diciendo indistintamente “yes, yes” o “oui, oui”, mostrando en los rostros su satisfacción, porque su jefe, un hombre alto y delgado, se lo estaba explicando a la perfección y ellos se sentían partícipes del éxito. Él les agradeció a todos su amabilidad y elogió el conocimiento que el jefe tenía de toda la zona. Según le explicó, señalándolo varias veces con la mano bien extendida, llevaba cinco años siendo el capataz, de las reparaciones de la calzada en aquella zona.

A partir de allí, la carretera se encontraba en peores condiciones aún. Los baches todavía no habían sido reparados. Afortunadamente, según las explicaciones quedaban sólo unos cuarenta kilómetros para desviarse hacia la selva.

Efectivamente, no tuvo dificultad alguna en localizar el punto de desvío. Finalmente, dejó la calzada, yendo hacia la selva camino de la frontera. Debería ir más despacio, pero ya no le quedaba mucho trayecto. Antes de una hora, entraría ya en la selva y, aunque el calor sería intenso, resultaría más soportable que por la es-

tepa.

Hasta no hace muchos años aquel terreno sería selvático, pero todavía se seguía roturando nuevas superficies de selva, mediante incendios más o menos controlados, cuando se consideraban poco productivos los campos viejos. No se dejaba descansar el suelo por rotación ni se enriquecía con abonos. Se abandonaban los campos viejos, extendiéndose la estepa a costa de la disminución de las zonas forestales y arboladas. Más adelante dos jirafas, adulta y cría, estiraban sus cuellos para alimentarse de las hojas verdes de plantas mimosáceas.

Poco antes de llegar al poblado, paró el coche, se refrescó con un poco de agua y se puso el hábito ligero. Aunque probablemente habría nativos que irían prácticamente desnudos, él debía estar reconocible externamente. A fin de cuentas iba a ser la primera vez que los veía y no sabía qué costumbres y preferencias tendrían. Los de su zona de misión se encontraban más a gusto si estaba como ellos, es decir, desnudo. Consideraban que el vestido europeo era inapropiado para la selva y únicamente era signo externo de superioridad. Por eso los indígenas que querían parecer occidentalizados se vestían a la europea, incluso con trajes más costosos que los de los europeos. Era una forma de querer parecerse a los blancos, de indicar que hacían trabajos de categoría superior y de que hablaban francés o inglés o ambos idiomas. Así marcaban diferencias con los de su grupo étnico y se sentían menos negros que los demás subsaharianos negros.

Tuvo la sensación de que en el poblado sabían que iba a llegar, ya que lo llevaron inmediatamente ante el jefe del poblado, quien parecía estarle esperando acompañado de otros tres miembros representativos del grupo. Todos, vestidos con ligeras túnicas moradas, le saludaron ceremoniosamente, con elegancia, y le ofrecieron compartir bebida fresca. Pidió agua, que le sirvió una señora vestida con ropa de vivos colores. Le indicó algo, aunque no entendió nada más que baobab, asintió con la cabeza, porque supuso que era una especie de tisana con hojas de baobab y, probablemente, con alguna hierba. No entendía su lengua. Y ellos sólo hablaban palabras sueltas en francés e inglés. Adivinaron que les preguntaba dónde se encontraba el anciano europeo. Tal vez lo habían repetido hasta memorizarlo, porque les entendió con claridad:

—Il est mort. He is died.

¡Santo Dios! Ni por un momento se le ocurrió pensar en la posibilidad de que el recién venido podía morir antes de llegar él. No se había imaginado que pudiera morir tan pronto, aunque el mensaje había insistido en que el europeo era anciano y estaba muy enfermo. El jefe del poblado le indicaba con los dedos de la mano derecha que hacía dos días..., que estaba enterrado... ¿Cómo? ¿Había dejado algo escrito...? Estaban haciendo gestos de escribir. Sí, sí, los volvían a repetir. ¿Pero por qué no le enseñaban el escrito? ¿Dónde estaba? ¿En la tumba...? ¿En una cruz sobre la tumba? No, no era una cruz. Tocaba la superficie de una mesa y dibujaba un rectángulo. ¡Ah, ya!: una tabla. Y enseñaba dos dedos de su mano. Si ya les había entendido que hacía dos días que lo habían sepultado... No se trataba de los días. Dos ¿qué? ¿El nombre y el apellido...? Dos de tres y cuatro. E insistían: dos de tres y cuatro, pero ¿qué? No les entendía.

Le acompañarían hasta allí. Al salir al exterior, el jefe dijo algo a un muchacho joven, que se fue corriendo. Caminaron hacia las afueras del poblado. No muy lejos del mismo, junto a un baobab de grueso tronco, se adivinaba el reciente enterramiento. Al llegar le indicaron la tabla en la que, con tinta parduzca, una mano temblorosa había escrito en mayúsculas dos palabras de tres y cuatro letras cada una: "EIN MANN".

La sorpresa no disminuyó el escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral. Había tenido la súbita intuición sobre quién podía ser. Fue una intuición fugaz, pero nítida. Una frase así sólo podía ser de él. Nadie que no le conociera personal y profundamente podía captar el sentido de tan breve mensaje. Y la frase respondía a una idea reiterada en la larguísima conversación, mantenida diez años antes, después de confesarse. Hacía ya diez años y entonces también estaba muy enfermo. Supo que no había muerto y había seguido teniendo noticias fidedignas sobre él. Hondamente anonadado, se preguntaba cómo se podía imaginar que podía ser él el europeo que había llegado a aquel país de África Central para verle.

El religioso necesitaba un tiempo para reponerse de la impresión, para ordenar sus ideas. Indicó a sus acompañantes que deseaba orar allí mismo un rato. Algo debieron entender, porque se apartaron un poco. Antes de iniciar los rezos a la sombra del baobab, acertó a divisar dos personas que en ese momento salían del poblado y se dirigían hacia allí: el muchacho, que había salido

corriendo, venía acompañado de una joven vestida con llamativos colores.

Hincó sus rodillas en la tierra, todavía recién removida, y encomendó a Dios el alma del difunto. Desde lo más profundo de su ser pidió a Dios que perdonara todos los pecados que hubiera cometido en su vida; que le otorgara su infinita misericordia y lo acogiera por toda la eternidad. Rezó con fe y pidió intensamente a la Virgen, Madre de Dios, que intercediera por él ante su Hijo. Pidió a san José y a todos los santos que rogaran por él. Probablemente había emprendido aquel largo viaje, su último viaje, completamente sólo, a sus casi 83 años, buscado un último consuelo en la palabra de un antiguo amigo, después sacerdote, hijo de una persona muy entrañable para él. Oró, profundamente conmovido, inclinada la cabeza, durante largo rato. Después, se puso de pie y extrajo del bolsillo de su hábito un hisopo pequeñito, aflojó la tapa y asperjó apenas unas gotas de agua bendita sobre la tierra prominente de la sepultura, mientras concluyó a media voz con las palabras finales del responso en latín:

—'Requiem aeternam dona ei, Domine'.

Iba a continuar, cuando oyó una voz femenina, que, desde un poco detrás, respondió:

—'Et lux perpetua luceat ei'.

Y añadió:

—'Requiescat in pace'.

Esta vez oyó varios 'Amén', escalonados y vio cómo los representantes del poblado se cubrían las cabezas con sus sombreros. La joven, que esperaba respetuosamente, se presentó en un excelente francés:

—Soy maestra en la escuela de la Misión. El pastor no está, pero me pidió que le atendiera en su nombre y que, si era necesario, le sirviera de intérprete. Me llamo Sara.

El misionero la saludó, inclinando la cabeza.

—Muchas gracias, Sara. Expréseles mi gratitud a estos señores que me han atendido tan amablemente. Dígales que les agradezco infinitamente sus esfuerzos por explicarme todo con detalle y que lamento no entender su idioma. Vine hace año y medio y son tantos los idiomas y dialectos que se hablan por aquí...

Sara correspondió a su saludo, enseñó unos dientes blanquísimos al sonreír y les transmitió su petición, que aceptaron con reiteradas reverencias.

—Le esperaban ayer. Bueno —corrigió—, le esperábamos ayer. Nuestro pastor creía que llegaría para cenar. Le esperé hasta muy tarde, porque hoy no iba a estar. Me pidió que le insistiera para que se hospede en nuestra Misión. Así que comerá con nosotros y, si puede quedarse, cenará y dormirá en nuestra casa.

—No deseo causar ninguna molestia... Habiendo muerto ya, me volveré lo antes posible.

—No sólo no causa ninguna molestia —repuso inmediatamente la joven—, es que nuestro pastor no me perdonaría, si no logro convencerle para que se quede. Ya no podía demorar más su viaje y se sentiría culpable de no haberle podido atender personalmente. Su esposa, que había proyectado ir con él, se ha quedado para atenderlo a usted.

—Son muy amables, ¡Dios se lo pague!

De repente había comenzado a sentirse cansado. Más cansado quizás por la desilusión de haber llegado tarde. Se recriminó no haber emprendido el viaje antes, aunque, realmente, la revisión de la furgoneta no hubiera permitido ganar un día completo. Un día no hubiera sido suficiente y salir sin revisarla, hubiera constituido una temeridad.

Se despidió de los cuatro hombres entre repetidas reverencias. Sara les tradujo a la perfección lo obligado que se sentía con ellos. Después se trasladaron los dos en la furgoneta hasta la sede de la Misión, donde ya los esperaba la esposa del pastor casi con la mesa puesta.

En cuanto se saludaron, pidió a Marianne, la esposa, que, si se podía retrasar un poco la comida, le dejaran ducharse. Lo necesitaba imperiosamente. Después se encontró más relajado, mucho mejor.

Encontró deliciosa la comida, sencilla y casera, cómo no, también con pollo. Las mujeres no sabían cómo arrancar la cascada de preguntas que deseaban hacerle. El religioso lo notó inmediatamente, lo leía en sus ojos. Así que decidió ser él quien tomara la iniciativa.

—Sí, yo también me estoy preguntando quién era.

—Parecía alemán —replicó inmediatamente Sara—. Hablaba un francés no muy bueno y con marcado acento alemán.

—Y las dos palabras que escribió también son alemán. Significan “Un hombre” ¿verdad? —inquirió Marianne, quien, como buena holandesa, se expresaba con marcado acento neerlandés.

—Así es. Algo tan sencillo como “Un hombre”. Así que yo también me estoy preguntando qué quiso decir con algo tan simple.

—Tal vez sea una identificación. Seguro que aludía a algo, —apuntó Sara.

—Sí, tal vez, pero ¿a qué? —inquirió Marianne, añadiendo inmediatamente: ¿Quién era?

—No estoy nada seguro. No puedo decir quién podía ser. Me vengo preguntando eso mismo desde que tuve la primera noticia sobre el “broussard”. En un primer momento pensé..., incluso, que podía ser mi padre. No sé, que hubiera ocurrido algo imprevisto, que no le hubiera dado tiempo a avisarme, no sé... Pero lo deseché en seguida. Si hubiera llegado a tiempo de verlo...

—Yo lo vi, interrumpió Sara. Me llamaron porque no entendían lo que decía. Ya he dicho que hablaba malamente frases en francés con un terrible acento alemán. Era poco más alto que yo, aunque andaba bastante encorvado, no se si por la edad o porque ya se encontraba muy mal. Tenía el pelo blanco, muy corto. Los rasgos fisonómicos eran muy comunes, pero acentuados por los años.

—Esos rasgos son comunes a tanta gente... Tú tienes una buena estatura, ¿cuánto mides tú?, preguntó el misionero.

—Mido 1,69 o uno setenta. Hubo un momento en que, para enjugarse el sudor con un pañuelo, se quitó las gafas de sol y, aunque en la habitación escaseaba la luz, por un instante le vi sus ojos, que eran azules...

El misionero, que en ese momento bebía un poco de agua, tuvo un inicio de atoramiento en la deglución. Ese pequeño desconcierto no pasó desapercibido para las mujeres, que inmediatamente comprendieron que ese detalle lo había impactado.

En cuanto pasó la servilleta por sus labios, trató de puntualizar, restando importancia a ese detalle:

—Muchos alemanes tienen los ojos azules, gris azulados, gris claros, etc.

—Sí, pero, pese a la penumbra, pude ver unos ojos muy, muy azules, que a nosotros siempre nos llaman mucho la atención. Pese al cansancio que reflejaban, esos ojos tenían un magnetismo especial. Fueron unos instantes nada más. Se limpió la frente con el pañuelo, luego lo pasó por encima de los párpados y por las ojeras y, como si algo le urgiera, se colocó inmediatamente aque-

llas gafas de cristales tan negros como mi piel. Si hubiéramos estado al sol o afuera, aunque hubiese sido a la sombra, no me hubiera llamado la atención, pero en la penumbra... Se habría podido decir que rehuía patológicamente la luz... La luz y los europeos. Se negó a que lo visitara nuestro pastor o Marianne. Sólo quería hablar con usted.

El religioso apenas oía ya la minuciosa descripción que hacía la observadora Sara de aquel comportamiento fotofóbico, que, para él, constituía la confirmación de quién era. Por supuesto, en cuanto vio la inscripción de la tablilla sobre la tumba, había intuido de quién podía tratarse. ¿Quién otro podía ser? Genio y figura... Y rezó, profundamente conmovido, porque íntimamente estaba convencido de que era él, aunque no podía afirmar categóricamente que lo fuera. Además de la estatura, venía este detalle a confirmarlo. Recordó perfectamente con quién había tratado largo y tendido el concepto del hombre, esencialmente pecador, y de la redención, realizada en cada hombre por aplicación de la gracia de Cristo, que, mediante su muerte, arrancaba de la infinita misericordia del Padre el perdón para todo pecado por inmenso e inimaginable que pudiera ser. Por muchos y muy reprobables que fueran. Pero que, naturalmente, debía estar acompañado de dolor de contrición, del sentimiento profundo de haber ofendido a Dios. Había sido una charla profunda y, tal vez, le había calado muy hondo la insistencia en que era un hombre, un hombre a secas, sin ser más porque fuera de raza aria ni por el puesto que hubiera desempeñado. Él era un hombre como cualquier otro hombre. La dignidad y valía de cada individuo radicaba en su humanidad, en su naturaleza humana y, para los creyentes, eso lo hacía ser imagen de Dios. De ahí la identificación entre el pecado contra los hombres y el pecado contra Dios y, correlativamente, de ahí el deber de amar a los demás como amamos a Dios. Era un hombre, nada más que un hombre..., un hombre... Notó una laxitud, volvió a sentir la fatiga del viaje y el cansancio, despejado con la ducha. Temió que en cualquier momento se le cerraran los ojos y diera algún cabezazo.

Afortunadamente, la esposa del pastor se apercibió de ello, facilitándole la conclusión de la comida.

—Parece que el padre necesita descansar.

—Si pudiera echar una siesta, antes de emprender el regreso..., ¡se lo agradecería tanto! No pongo en duda la aguda observación

de Sara. Nadie puede captar la atracción de unos ojos azules como una mujer africana. Estoy convencido de ello y esto me ha retrotraído a tiempos pasados. Creo saber quién era, pero, como no lo he visto, no puedo asegurarlo con absoluta certeza. Por ello, prefiero no aventurar lo que no sería más que una suposición...

Bebió un poco de agua y añadió:

—Siento no poder esclarecerles más sobre la identidad de nuestro visitante. Los datos aportados por Sara son importantísimos, pero dudo que me permitan decir con certeza quién era el muerto, sin haber visto el cadáver. Espero que no me lo tomen como una falta de consideración hacia ustedes. Les estoy muy agradecido por tanta atención, pero debo retornar cuanto antes y es un viaje largo y fatigoso.

—¿No va a esperar a que pase las horas más fuertes de calorina antes de salir?

—Marianne, usted sabe que aquí todas las horas del día son de fuerte calorina y todos los meses del año son caniculares. Cincuenta grados a la sombra... ¿le parece poca canícula?

—Le pondré algo de comida para el camino.

Le agradeció el detalle, indicándole que, tal vez, con que añadiera hielo, era suficiente.

Marianne y Sara le acompañaron a una habitación, agradable y fresca, donde, al fin, se acostó en una cama como Dios manda.

En cuanto puso la cabeza en la almohada, no tuvo tiempo de pensar en la altura ni en los ojos azules del fallecido anciano. Se durmió profundamente durante dos horas largas. Una siesta como la mejor que pudo dormir durante los muchos años que había vivido en España. Cuando se despertó, se despidió de las dos mujeres, les dio las gracias por todo, encomendó a Marianne que le diera las gracias a su esposo, que les expresaba su sentimiento por no poder esperar, para conocerlo personalmente y, ya cuando se estaba yendo, les dijo con una amplia sonrisa:

—Cuando escriba a alguno de la parte luterana de mi familia en Alemania, les diré lo bien que me han tratado ustedes aquí. Hasta siempre.

Mientras dirigía la furgoneta hacia el camino de vuelta, acertó a ver, a lo lejos, a los cuatro personajes del poblado, que le habían atendido al llegar. Se dirigió unos cientos de metros hacia ellos, les tocó el claxon varias veces, sacando el brazo por la ventanilla izquierda. Enseguida se percataron y lo despidieron, agitando los



sombreros. Tomó el atajo para retornar, no sin antes preguntarse si pasaban por casualidad o seguían allí desde por la mañana.

—1— Sobre fronteras y tribus de los países de África central.@

—2— Cuándo y dónde ocurre el hecho relatado; población, medios de comunicación, etc.@

—3— El relato está intencionadamente indeterminado: se suprime o modifica todo lo que pudiera conducir a identificación alguna.@

**Nota:** El desarrollo de estas notas, señaladas con con el signo @, se encuentran en la página web *dondeestaelcadaverdehitler.com* en *Notas y Ampliaciones de la obra* en Internet. Aparecen todas en el número de página correspondiente. En el buscador de Pdf se escribirá la palabra 'página', acompañada del número donde se encuentra. En este caso, habría que teclear: página 37.

Solamente cuando la parte subida a internet sea muy extensa, se acompañará del correspondiente número de folio para facilitar la búsqueda.